

DE BUENAS LETRAS

‘El Cid’ cumple 60 años

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC De la Academia de Buenas Letras de Granada

Evidentemente no me refiero al héroe literario del cantar de gesta ni al creado por Pérez-Reverte o al que nos ha empaquetado la serie de Amazon, sino al Cid que en 1961 llevara a la gran pantalla Samuel Broston, aquel productor de origen ruso que deseaba recuperar para el cine los fastos de las ‘majors’ y que, con astucia de fenicio, logró de la España mostrenca del ‘Generalísimo’ una complaciente acogida. Si deseamos atizar un escobazo a la película mediante la severidad de la corrección política, detectaríamos de inmediato inexactitudes históricas y papables anacronismos, cuando no un pueril tufo mesiánico u ofuscaciones ideológicas inaceptables. Quedarnos solo aquí hace que todo se agoste y desvanezca. Sería como leer un libro sin leerlo. Cuando exclusivamente se resalta la obviedad con énfasis y no se desea ver nada más, se suele caer en la perogrullada. El puritanismo siempre me ha resultado bastante cómico y aburrido.

En los años sesenta era habitual que las imágenes de una superproducción saltaran de la pantalla a los quioscos en forma de estampas. Así sucedió con ‘El Cid’. Los chavales las coleccionaban y se las intercambiaban para rellenar poco a poco sus álbumes. Nos gustaba re-encontrarnos y conservar el épico perfil de

Charlton Heston y la silueta romana de Sofía Loren, que nos convenció sin dudarle de que así fue doña Jimena. De alguna forma volvíamos a ver la cinta, pero a través del desconcierto de un puzle y guiados tan solo por el hilo de la fantasía.

Cada vez que contemplo ‘El Cid’ lo hago como si abriera ese mismo álbum de estampas. No procuro sondear dónde está la verdad o la mentira. Me dejo llevar por el encanto de la ficción, o mejor aún, por la manera en que Anthony Mann recrea la leyenda con mano maestra. Solo aspiro a disfrutar una historia fronteriza, narrada según los códigos del ‘western’ y envuelta por la música de Miklós Rozsa; a sorprenderme con la inteligente utilización dramática de escenarios y paisajes; a admirar un torneo milimétricamente diseñado por la segunda unidad de Yakima Canutt; y a inquietarme con las conjuras fratricidas, con la quebradiza frialdad de doña Urraca (magnífica Geneviève Page) o con la oscura presencia de un Ben Yussuf con mascarilla, destellando cólera por los ojos (soberbio Herbert Lom). Al final ocurre siempre lo mismo: la melancolía por la infancia me ayuda a recuperar ese luminoso y fatal instante en el que el niño descubrió que los héroes también agonizan e inexorablemente fallecen.